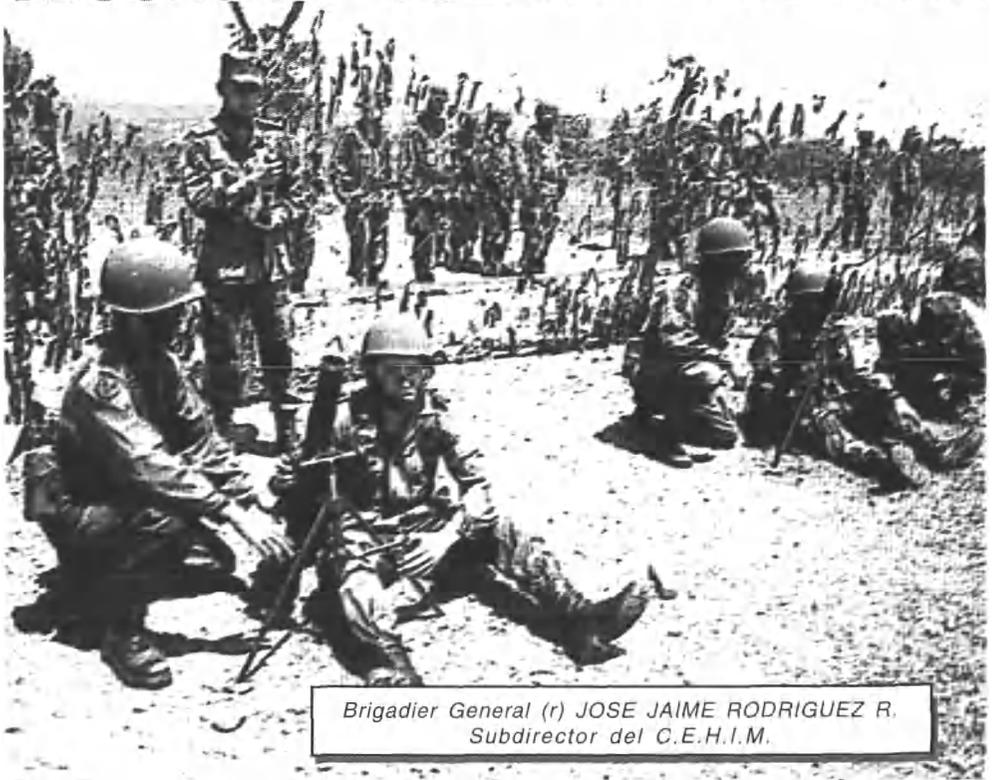


EDUCACION - CULTURA - VIOLENCIA



*Brigadier General (r) JOSE JAIME RODRIGUEZ R.
Subdirector del C.E.H.I.M.*

El solo título de la presente reflexión invita a aceptar que estos tres términos involucran un contenido esencialmente humano y social que, a lo largo del tiempo, ha venido marcando en forma inexorable el destino de la humanidad.

Para comprobarlo buscaremos demostrar que ha sido condición inmanente del hombre, a través de su curso terrenal, la evolución constante en procura de un porvenir mejor para su propia vida y, más aún, para heredarlo a sus sucesores en

legado que sea reto, a la vez, para inducirlos a continuar su lucha en busca de progreso.

Conviene, para ello, que en torno a esta trilogía hagamos una ligera referencia sobre los siguientes puntos básicos:

- a. La humanidad y la historia.
- b. La educación y sus alcances.
- c. La cultura y sus valores.
- d. La violencia y sus manifestaciones.
- e. El caso colombiano y sus repercusiones.

Siguiendo el orden señalado haremos una explicación resumida que permita dilucidar algunas consideraciones al respecto:

a. La humanidad y la historia.

La simbiosis sociológica "hombres e historia" ha marcado siempre la huella de la humanidad en forma tal que permite colegir que así seguirá siendo mientras existan hombres sobre la tierra.

Este signo ineludible da margen para señalar que los hombres en conjunto generan historia por su condición racional que les permite formular interrogantes sobre su propia existencia y aportar experiencias que facilitan inducir nuevos órdenes de relación en todos los campos de actividad material y espiritual, propios de su naturaleza.

La antropología en este sentido aporta una doctrina coherente sobre la humanidad como entidad histórica por encima del hombre, cuya acción solitaria nada generaría en el campo de la historia, ni podría siquiera aportar un criterio que tuviera resonancia dentro de un tiempo y un espacio que pudieran compendiar un concepto de evolución social.

Vemos así porqué a lo largo de las distintas épocas la historia recoge exclusivamente aquellos estadios de grandeza y decadencia sucesivos de los pueblos, lo cual

sencillamente indica que el discurrir de la humanidad permite interpretar a los hombres desde un punto de vista moral, racionalista o material, dentro de un concepto o contenido global que sustenta el contenido histórico de su propia existencia y el de sus triunfos y fracasos cíclicos, a lo largo de su peregrinar sobre el planeta.

La historia, por lo mismo, ha sido siempre conducto para recorrer el camino seguido por la humanidad en busca de un continuo perfeccionamiento, posible gracias a su capacidad de proyectarse hacia el futuro, en una dimensión social que ha permitido un avance significativo en cada uno de sus campos de actividad y logrando trascender los ámbitos mismos de su propio entorno para lanzarse a la conquista sideral en un intento de dominio espacial que quizá se logre en el futuro.

Se confirma con lo expuesto que la humanidad y no el hombre, considerado aisladamente, ha marcado una historia que seguirá complementándose, con el paso del tiempo, por el acaecer sin tregua de las sociedades consolidadas como tales en las distintas latitudes de nuestro planeta.

La historia guarda, por ello, los aportes humanos como fuente primigenia de consulta para permitir diversas interpretaciones, según los diferentes campos u órdenes de interés particular de quienes

a ella acuden en un momento dado para enriquecerla con matices propios aportados por los investigadores.

Esa consideración nos lleva a señalar que la historia, por sí misma, no es interpretativa sino recogedora de sucesos e instantes oscuros o estelares de la humanidad, para integrar archivos que permitan el análisis o la reflexión selectiva orientada por quienes acudan a su fuente con fines de interpretación realista sobre causas y consecuencias de los sucesos vividos por la humanidad.

Por ser ello así no pueden ser sujetos de historia, ni de interpretación, aquellos factores intangibles como el tiempo, el espacio, la materia, el movimiento, y la energía, pese a ser ellos los determinantes del propio universo, en una de cuyas infinitesimales partículas, que es la tierra, cumple la humanidad el fundamento y desarrollo de su propia existencia.

Guardan por ello relación muy íntima la humanidad como sujeto actuante y la historia como archivo de hechos de los cuales aquella sea protagonista.

b. La educación y sus alcances.

Sentada la premisa sobre la concepción de historia como esencia específica de la humanidad y no del hombre en particular, pasaremos

a discutir el tema de la educación como factor, este sí exclusivo del hombre y no de la humanidad en conjunto, dada su naturaleza esencialmente formativa en los órdenes físico, intelectual, moral y social.

Entendida la educación como la formación integral del sujeto cabe considerar que ella es un proceso puramente personal y no colectivo y que sus resultados obedecen a factores muy particulares de los educandos, según sus disposiciones afectivo - activas y la madurez de sus facultades mentales.

A diferencia de la historia que arranca de las narraciones, tradiciones y monumentos recogidos en cada momento, la educación parte de la base referida al personal de profesores, estudiantes y materias de enseñanza-aprendizaje, en la medida de la capacidad de cada alumno involucrado y de las técnicas educativas aplicables según los grados de asimilación de cada uno de los estudiantes.

Por ser esto así podemos afirmar que los profesores, en sí, no son agentes de enseñanza sino de inducción a fin de asegurar que los alumnos aprendan por sí mismos, lo cual comprueba simplemente que si ello no fuese así, todos los alumnos, aprenderían por igual las lecciones impartidas, hecho que no es verdad dadas las grandes diferencias personales de

los educandos y, por lo mismo, no puede esperarse identidad en sus niveles de rendimiento educativo.

El proceso de educación debe, por lo tanto, partir de un contenido de valores o paradigmas básicos que despierten vocaciones y aptitudes y que generen actitudes positivas hacia el aprendizaje, dentro de una escala diferencial propia de las capacidades de asimilación y reacción ante los estímulos que activen la inteligencia de los alumnos.

Partiendo de la base que da a la educación un contenido semejante al de la ciencia y la tecnología, en cuanto a su contenido y posible aplicación práctica, puede señalarse que los campos de la docencia y el aprendizaje guardan similitud con las tareas científicas y tecnológicas en cuanto a sus métodos, procedimientos, formas y sistemas de "enseñanza-aprendizaje", dentro de una interpretación cibernética que determina las guías de la acción educadora, que dice relación con sus tareas de investigación, ámbitos de participación y compromiso de formación y perfeccionamiento integral del sujeto.

Las áreas del conocimiento se abren así al hombre, en una dimensión ilimitada que permite deducir que resulta inagotable dentro de una dinámica permanente que busca el dominio del medio circundante y, más aún, del mismo escenario sideral explorado ya, en gran parte,

desde grandes observatorios dotados de poderosos telescopios astrales donde sabios astrónomos columbran con ansiedad científica su posible conquista.

Se habla hoy, por ello, de una ciencia y tecnología educativa orientada a los campos de la investigación y de la creatividad poniendo al servicio de la "enseñanza-aprendizaje" los avances científicos que buscan conocer mejor al hombre, como arquetipo de perfeccionamiento y la tecnología como ayuda invaluable para lograr los mejores resultados del empeño educador.

Cobra con ello, la educación un contenido humano y social delimitado por los cauces de la ciencia, dado su desarrollo continuado y la filosofía como interpretación axiológica que dice relación con los valores que la fundamentan y con las prácticas de reflexión y crítica que deben sustentarla.

Las razones expuestas creemos que resultan suficientes para confirmar que solo el hombre, individualmente considerado, es agente activo de su propia educación y que de esta emana su posibilidad de experiencia para ir ganando el dominio supremo de su propio yo y del mundo que lo rodea.

La educación, así entendida, es el único hecho proyectable para buscar una evolución continúa en aras de una posibilidad de

adaptación a los nuevos tiempos y a los retos que depare el porvenir o que vayan imponiendo las circunstancias cambiantes de un orden social en constante búsqueda de progreso y desarrollo.

Ya lo decía, muy acertadamente, el pensador Alfred North Whitehead cuando afirmaba: "La educación que no se moderniza corre la misma suerte de todas las cosas orgánicas que se guardan demasiado tiempo"; también el eminente filósofo y educador John Dewey cuando expresaba: "La manera de salir del sistema escolástico que hace del pasado un fin de sí mismo es hacer del conocimiento del pasado un medio de entender el presente"; por nuestra parte agregamos que entendiendo el presente es posible proyectar el porvenir.

Sentada así la noción de educación como tarea del hombre para el hombre podemos afirmar que esta segunda premisa tiene también un fundamento humano y social como la historia, pero en sentido diferente al tomar al hombre como ser lógico y metafísico a la vez, por sus capacidades como sujeto trascendente en el orden filosófico de la ontología.

c. La cultura y sus valores.

Para analizar este tema, de honda incidencia espiritual y ética, partiremos de la tesis que señala que

"el hombre, por naturaleza, es un ser sociable" lo cual informa, de primera mano, que como sujeto del proceso educativo el hombre se presta a recibir influencias que a lo largo de su vida ordenan su conducta creándole usos, hábitos, costumbres y disposiciones orientadoras de su propio destino.

Como ser social que es, no se podría pensar que pudiese vivir solo ya que, como lo expresamos en numeral anterior, solamente los grupos humanos son entidades que generan historia, en una dimensión que ata, por igual, los cauces de la cultura y la civilización como determinantes de una evolución continua que ha precedido y ha orientado la actividad humana en su vida milenaria.

Desde este punto de vista las ciencias sociales son trasunto del largo peregrinar humano a través de los siglos en que ha sido protagonista de su propio ser y también del uso y dominio gradual de la naturaleza, a un ritmo inconcebible que ha llevado a su deterioro gradual en términos amenazantes por el agotamiento paulatino de ecosistemas y especies no renovables que hoy amenazan la vida misma, con dramático acento por el incierto porvenir que enfrenta nuestra humanidad.

El cupo calendario de 20 millones de años con el cual se busca concretar la aparición humana

sobre la tierra, según exploraciones arqueológicas adelantadas por devotos de las ciencias que escudriñan el pasado, ha permitido conocer el duro trance del hombre primitivo para sobrevivir en dura lucha contra las fuerzas naturales desatadas y contra todos los peligros que ha tenido que enfrentar para ir logrando espacios que le permitieran expresarse como ser inteligente.

Esa conciencia y brega por un destino mejor han permitido la cimentación de la cultura, comenzada con el desarrollo del idioma como medio de comunicación y de acceso a los altos estudios de las letras en su mágico derroche de literatura poética y narrativa, hasta los campos de la filosofía pasando, a la par, por los entornos de la plástica y de las bellas artes que confirmaron el desarrollo pleno de las sociedades orientales y el auge de los imperios que dominaron el mundo antiguo, para adentrarse luego en los estratos superiores de la ciencia y la tecnología que hoy marcan una huella de desarrollo insospechado, muy superior a todos los niveles culturales alcanzados por la humanidad a través de su historia.

Desde la aparición de la escritura, allá por el año 4000 antes de Cristo, puede decirse que el pasado ha quedado consignado en crónicas y en obras monumentales que permiten confirmar los niveles

culturales alcanzados por el hombre desde aquellos rudimentos de piedra, hueso, hierro y bronce con que buscó acrecer sus capacidades de trabajo y defensa hasta el reinado de las luces que alimentaron las grandes civilizaciones alcanzadas en la modernidad.

La cultura, como puede apreciarse, compendia las grandes conquistas y realizaciones del hombre y de las sociedades y se traduce en obras y derroteros que fijan a la humanidad dentro de moldes que determinan usos, costumbres, leyes y patrones de conducta en función de un solo fin, que es lograr el bien común.

La cultura toca así todo cuanto contribuya a la felicidad humana en los campos del arte, las letras, la ética, la deontología, la estética, las ciencias del espíritu, las doctrinas esenciales, las ideologías políticas y las corrientes del pensamiento en general, hasta los órdenes de la propia ontología y de la metafísica que buscan la interpretación del ser y la respuesta al interrogante permanente sobre el misterio de la vida y de la muerte para resolver aquella incógnita del "¿Por qué hay ente y no más bien nada?" que planteara el filósofo Martin Heidegger.

Este acervo cosechado a lo largo de los siglos forma el patrimonio de los pueblos y de la humanidad entera, como signo de los aportes que su quehacer ha dejado a

las generaciones subsiguientes en afán de progreso y desarrollo que habrán de subsistir hasta el final del tiempo.

Porque la cultura resume en cada época los avances y posibles conquistas humanas que, infortunadamente, muestran también períodos de decadencia de las sociedades, corresponde a la historia registrarlos como testimonio disponible del pasado para orientar el presente y proyectar el porvenir.

Por esa razón, precisamente, nuestra reflexión arrancó de la consideración sobre la humanidad y la historia, a fin de llegar a la evidencia de que la cultura es tradición y, a la vez, proceso educativo.

Cabe observar, no obstante, que pese a este auge alcanzado desde aquellas grandes civilizaciones que han florecido en el mundo señalando el esplendor de la grandeza humana, la época actual ha decaído en muchos órdenes que atañen a los valores del espíritu y de la propia vida en sus manifestaciones éticas y estéticas.

d. La violencia y sus manifestaciones.

Probado hasta el momento el influjo poderoso de la educación y la cultura en los destinos del hombre y de la humanidad, resulta conveniente insistir en el tema de la grandeza y decadencia humana,

como elemento de juicio para intentar un análisis sereno acerca de aquel ciclo repetido que tiene proyección hacia el futuro. Señalamos por ello que cuando una sociedad mantiene niveles de excelencia en los indicadores de su desenvolvimiento normal, bajo principios de orden, sujeción a las leyes y a las autoridades, principios cívicos de solidaridad y fe en sus valores y destino en pos del bien común, se puede aceptar que en ella existe pleno equilibrio y garantía total para los asociados.

La búsqueda de soluciones a sus posibles problemas será por ello en este caso un compromiso fácil de cumplir dada la unidad de una comunidad dispuesta al éxito en todos sus empeños y esperanzas de redención social, para sacar adelante un propósito orientado al bien común, bajo la égida de una justicia social afianzada en un principio de autoridad que cuenta con el acatamiento y respaldo total de los asociados.

Cuando, por el contrario, hallamos una sociedad carente de confianza y sumida en desconcierto por las expectativas de una situación sin rumbo definido y de una comunidad en decadencia, ello se presta al cuestionamiento de todos sus valores y creencias. Se dice en estos casos que la sociedad vive una situación crítica por hallarse inmersa en conflictos

que le restan capacidad para reaccionar a tono con las circunstancias que enfrenta, alejando con ello sus posibilidades de volver al equilibrio interno necesario a su destino.

Una sociedad en tal estado se prestará a su propia desintegración interna, a un costo demasiado alto en dividendos de sosiego para enfrentar el porvenir, sobreviniendo de hecho como respuesta ante la situación creada, el desajuste y paulatina quiebra de sus lazos familiares, institucionales, sociales y estatales, creando una problemática por desgracia dinámica, que rompe la unidad social base fundamental de toda agrupación bien integrada.

Estas situaciones coyunturales de crisis, que suponemos transitorias por sus posibilidades de arreglo para que una sociedad pueda seguir subsistiendo, proyectan indiscutiblemente una realidad que acusa serias fallas en su proceso social y en la política de Estado para solucionarlas.

La sociología de la historia en estos casos muestra cómo el sentimiento colectivo desaparece para dar paso a un individualismo que coloca al hombre contra el hombre, haciendo de la agresividad su signo defensivo y confirmando así aquella cruel sentencia latina del "Homo hominis lupus" que signa las conductas a través de las cuales se confirma la violencia en sus múltiples manifestaciones.

Disuelto así el ordenamiento social se da paso a las pasiones desbordadas que generan tensiones sociales promotoras de conflictos y crisis de todo orden.

No se dejan esperar entonces las respuestas violentas y así prospera el desajuste que coloca en contraposición los propios poderes del Estado, las instituciones y las mismas corrientes del pensamiento que buscan "pescar en río revuelto" originando, a la par, crisis espirituales y disolución de principios rectores de carácter político estructural para minar la cohesión interna del poder nacional y así crear problemas coyunturales en las estructuras de la sociedad y el ánimo de las comunidades para dar paso a la incertidumbre y al desasosiego colectivo.

Al calor de esa chispa se produce el incendio social que permite polarizar los brotes de apasionamiento personal y social que mina todos los niveles de una sociedad desintegrándola.

Aparecen así las múltiples formas de violencia organizada contra las cuales se hacen cada vez menos operantes las instituciones estatales y las organizaciones comunitarias dando curso a formas irracionales de conducta que conducen a la llamada "democratización negativa" en el orden político, económico y social, para justificar el empleo de la fuerza como único medio de imponer autoridad.

Por su parte, las relaciones de las comunidades e individuos se transforman a un grado tal que la violencia se vuelve norma de conducta en sus distintas relaciones creando un clima de intolerancia general.

Sobrevendrá con ello un nuevo orden en el cual la realización y la venganza institucionalizadas sustituyen los canales de la moral pública y privada para dar paso a la anarquía.

Bien los expresó el tratadista Karl Mannheim cuando señaló lo siguiente: "Si el elemento violencia se convierte en principio general de la sociedad, aniquila de un golpe los frutos de la ética del trabajo y la competencia en el rendimiento".

Las acotaciones anteriores también afectan, por lógica, el ámbito cultural creando a la par una crisis sociológica que penetra la vida intelectual y espiritual de las clases altas o "élites" y la de instituciones claves de estructuración social como la escuela, la universidad, los medios de comunicación, las iglesias y entidades de socialización que ejercen influencia sobre los grupos humanos, dentro de un clima de polarización que tiende a crear trastornos sociales por mutaciones de poder.

Las anteriores consideraciones permiten establecer que en este aspecto de la violencia cabe también la consideración sociológica de la historia, la educación y la cultura, como síntesis de hechos que han

llevado al hombre y a la humanidad entera a estratos de grandeza y decadencia, moralidad y carencia de ética, equilibrio y ruptura social como ciclo repetido inexorablemente.

e. El caso colombiano y sus repercusiones.

Si bien es cierto que hemos llegado a interpretar que el origen de la violencia entre nosotros tuvo su origen remoto en la conquista, cierto es también que este flagelo no ha cesado a lo largo de nuestra vida republicana y, antes bien, ha ido en aumento con el paso de los años.

Así lo confirmaron las luchas del siglo pasado por razones banderizas que suscitaron golpes de Estado, persecuciones políticas sin causa y guerras civiles sin descanso hasta la postrera de los mil días con que, afortunadamente, se selló el final de estas contiendas al iniciarse a la centuria próxima a finalizar, y ahora sumida en cruenta lucha por buscar la paz, en medio de la crueldad de quienes han hecho del delito su forma de vivir.

Lo confirma igualmente, en cuanto a su aumento se refiere, la evidencia de una situación interna e internacional que hoy nos distingue como el país más peligroso y delincuencial del mundo, por factores nacidos al amparo de la impunidad y denegación de justicia, manipulación del poder por los propios estratos del Estado, violación de derechos humanos, narcotráfico, bandolerismo, delincuencia común y organizada,

narco subversión, terrorismo y deslegitimación institucional, por causas ampliamente debatidas.

Penosa situación a que nos han llevado múltiples causas, bien nos permite señalar que hemos llegado a este ominoso estado, por los siguientes factores disolventes:

- 1) Abandono paulatino de aquellos valores y principios de rectitud que heredamos de nuestros mayores y que hicieron de Colombia una "Potencia Moral", a juicio del eminente humanista Luis López de Mesa.
- 2) Pérdida de aquellos varones ilustres que honraron la República por su espíritu altruista de servicio a la Patria, sin ventajas personales y buscando siempre el bien común por sobre toda otra consideración.
- 3) Tibieza en el cumplir de nuestros deberes cristianos por la sucesiva contemplación y compromisos con las cosas materiales y descuido creciente de aquellos deberes con Dios, con nuestros semejantes y con nosotros mismos.
- 4) Falsos rumbos tomados por nuestra educación al seguir doctrinas foráneas revolucionarias que a la larga solo nos han dejado vacíos espirituales y carencia de conciencia nacionalista.
- 5) Falta de liderazgo de las clases dirigentes y debilidad de los gobiernos para solucionar la crisis que nos viene agobiando en forma creciente.
- 6) Ausencia de compromiso con la Patria en sus distintos órdenes de referencia con la historia, tradiciones, símbolos, valores y principios que afianzan su grandeza y proyección futura.
- 7) Lenidad de una justicia que se ha prestado a las presiones por intimidación o compra de conciencias de jueces y magistrados que han prevaricado de su alta investidura y majestad de sus cargos.
- 8) Fallas estructurales de instituciones y organismos estatales que han dejado de cumplir sus deberes de servicio con la sociedad que los sustenta.
- 9) Corrupción generalizada a nivel público y privado y de personeros de gobierno que han usufructuado el poder en provecho propio.
- 10) Falta de autoridad para hacer cumplir la ley sin distingo alguno y en la medida necesaria que asegure el bien común.

Decálogo apenas tangencial pero que muestra el estado

actual de una sociedad en crisis, cada vez más notoria y que podría aumentarse aún más en muchos otros órdenes, bien nos permite deducir que a esta sima de postración hemos llegado por influjos de dineros mal habidos que han invadido todos los estamentos y estratos de nuestra sociedad, con graves consecuencias de orden moral especialmente.

A título de interpretación ligera a este respecto, podemos señalar que sus causas principales tienen una connotación política derivada de un paternalismo estatal mal concebido y de falta de participación genuinamente democrática en la vida colombiana. También una causa socioeconómica traducida en pobreza, marginalidad social, radicalismo y disociación, falsos modelos de progreso y divergencias culturales acentuadas.

Igualmente una amoralidad galopante que invade la órbita de acción de las generaciones jóvenes a cuyas manos habrán de pasar las riendas del poder y una marcada irreligiosidad que signa la huella de un pueblo católico, de nombre pero no practicante en sus contenidos y alcances verdaderos.

Todo lo anterior ha conducido a que nuestra nación exhiba hoy toda clase de violencias como son: la familiar que erosiona las bases mismas de la sociedad; la bandolera que invade la casi totalidad del país; la narcoterrorista que ha hecho del delito su forma de financiamiento; la psicológica que busca la degradación de la persona humana; la oficial que abusa del poder y la criminal, en fin, que siembra de inseguridad la vida, honra y bienes de los ciudadanos.

Este oscuro panorama por mala fortuna ha llegado a instaurar, por paradoja desconcertante, una cultura de la violencia que mina hondamente la ética social con nefastas proyecciones si acaso el Estado y los colombianos de bien, que son la mayoría, no reaccionan con la contundencia necesaria.

Pese a esta evidencia y debido a causas que desde el punto de vista psicológico no tienen explicación alguna, esa gran mayoría de colombianos de bien a que aludimos parecen encontrarse fuera de la realidad, dada su visible situación de letargo para reaccionar, o su acomodación absurda a la suerte que vive el país, haciendo resaltar

con ello aquella angustiada sentencia del asesinado predicador Martin Luther King, cuando clamaba: "Lo preocupante no es la perversidad de los malos, sino la indiferencia de los buenos".

Frente a semejante interrogante se impone volver por los principios olvidados para hacer germinar la cultura de la paz que nos redima ante la faz del mundo y ante nuestra propia sociedad, hoy presa del temor y de la incertidumbre. Bajo esta

consigna que ojalá se constituya en faro de esperanza, Colombia brillará de nuevo como la "Potencia Moral", y como la "Atenas Suramericana" que fue ayer.

Que ello se cumpla, para mayor grandeza de las generaciones venideras y gloria de la Patria, es nuestra conmovida exhortación final, al invocar al Dios de los Ejércitos su ayuda para que impere de nuevo en Colombia la cultura de la vida sobre la de la muerte.

HAGA MAS VENTAS POR CORREO, UTILIZANDO EL "SERVICIO DE REEMBOLSO C.O.D." DE ADPOSTAL



Es un servicio que le permite estar en varias ciudades a un mismo tiempo entregando y cobrando a la vez su mercancía! Parece increíble, verdad? Usted hace el envío de sus productos, y en el momento mismo en que su cliente los retira de nuestras oficinas, le giramos su dinero! Además es rápido y seguro!




CORREO DE COLOMBIA

llega seguro y a tiempo!

MAYOR INFORMACIÓN: TELS. 2 41 55 31 y 2 92 68 42